

ma. Ahí, oculto á sus enemigos, pasa en la soledad el miércoles. No nos ha quedado mas que una palabra de sus últimas pláticas; con su laconismo conmovedor, él resume el pensamiento que les llenaba:—"Sabedlo," les dijo, "dentro de dos días es la Pascua; y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado."

¹ Mat., XXVI, 2.



CAPITULO VI.

ÚLTIMA PASCUA.—LA GRAN INSTITUCIÓN DE JESÚS.

La Pascua era para los Judíos la fiesta por excelencia. Su nombre ¹ recuerda el paso misterioso de Jehovah en esa noche terrible en la que el ángel exterminador hirió de muerte á todos los primogénitos de Egipto y perdonó á los Hebreos. Recuerda á Israel otro paso, el de la servidumbre á la libertad. Ninguna fiesta era más popular. Ella inauguraba el año religioso, duraba ocho días, del 14 al 21 de Nizan. El pan fermentado estaba rigurosamente prohibido; se le comía ázimo. De aquí, este otro nombre de Fiesta de los Azimos, para designar el día de la Pascua.

Desde el 13, el jefe de familia tomaba una lámpara, visitaba su morada, á fin de destruir toda la levadura y la pasta fermentada. Se las quemaba en un vaso, al aire libre. La fiesta se abría al son de trompetas, é inmediatamente, los dueños de la casa ó sus criados compraban el cordero, un cordero de un año y sin mancha. Se le llevaba al Templo; los sacerdotes le

¹ En hebreo *Pasch*: paso.

degollaban, derramando su sangre sobre el altar de los holocaustos, y la víctima así preparada debía ser comida, en la noche, en un festín religioso: esto es lo que se llamaba "hacer la Pascua."

El primer día de los ázimos, el 14 de Nizan, en el año 30 cayó el 6 de Abril, un jueves.¹

Jerusalem está ya en movimiento para cumplir todos los ritos.² Se quema la levadura, se escoge una agua y una harina puras para coser los panes no fermentados. Se compran los corderos. Los atrios de los Templos están obstruidos por una multitud de gentes que llevan el cordero escogido, sobre sus espaldas, y que piden á los sacerdotes inmolarle. La sangre corre á torrentes sobre el altar de los holocaustos: por millares degüelláñse á las víctimas. Por todas partes los cenáculos se preparan, y los lechos del festín se preparan para la comida de la noche.

Jesús no ha abandonado á Bethania; sin embargo, él quiere celebrar la Pascua, y es en Jerusalem, en el recinto mismo de la ciudad, en donde debe ser comida. Viendo que el tiempo había llegado,³ sus discípulos se acercaron á él:—Maestro, preguntaron, ¿en dónde queréis que vayamos á preparar la Pascua?

Judas estaba encargado, de ordinario, de aquello que se refería á la vida material de la comunidad; esta vez, fué excluido. Jesús designó á Pedro y á Juan.

—"Id," les dijo, "preparad lo que es necesario para comer la Pascua. Al entrar en la ciudad, hallaréis á un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle á la casa en la que entrará. Y diréis al jefe de la casa: El Maestro os envía este mensaje: ¿En dónde está el lugar en el que podré comer la Pascua con mis discípulos?"

¹ Véase el Apéndice A. Cronología general de la vida de Jesús.

² Todos esos ritos han sido cuidadosamente conservados con todos sus detalles por el Talmud. Cf. Hierosol., Pesachim., passim.

³ Mat., XXVI, 17 y sig.; Marc., XIV, 12 y sig.; Luc., XXII, 7 y sig.

Y él os mostrará una cámara alta,¹ un gran cenáculo, amueblado para el festín: preparad allí todo lo necesario."

Jesús escogió en su pensamiento el lugar de su última Pascua. El es, cuando quiere, el dueño de los hombres: lo que él les pide, ellos lo hacen. Ese jefe de familia desconocido cumplirá su deseo; dará al Señor su cámara alta. El fué tal vez uno de los partidarios adictos y ocultos. Una tradición venerable habla de José de Arimathea. Las señales por las que los discípulos le reconocieron denotan en Jesús una ciencia sobrenatural que el espacio y el tiempo no limitan absolutamente, y que apercibiendo las cosas lejanas, como si ellas estuviesen presentes, lee en el porvenir. El guarda, hasta con los discípulos que él envía, el secreto de ese lugar predestinado; diráse, por el misterio con que se cubre, que él quiere asegurarse horas tranquilas que nada del exterior venga á turbar. El tiene que temerlo todo: el complot de Judas está decretado.

La confianza de Pedro y de Juan en aquel á quien ellos llamaban el Cristo, el Hijo de Dios vivo, es ciega, absoluta. Ellos no interrogan ni discuten. Ellos escuchan y se van, dichosos de haber sido elegidos por el Maestro.

Al entrar en la ciudad, ellos hallaron todas las cosas como él se los había dicho, y prepararon la Pascua.

El cordero de un año y sin mancha, escogido por ellos, fué inmolado en el Templo por la mano del sacerdote; después, según el uso, asado y sazonado con yerbas amargas. Los panes ázimos fueron cocidos y el vino recogido en las ánforas. El pan sin levadura y la sazón amarga simbolizaban los sufrimientos de la servidumbre; el cordero recordaba á la víctima cuya sangre había servido para señalar las puertas de las casas de los Judíos y para preservarlos de la cólera del Angel exterminador. En otro tiempo se le comía en pie, con el báculo en la mano, los riñones ceñidos, como viajeros dispuestos á

¹ *Avôdôsoo* designa una cámara alta encima del piso de la calle, una de esas salas que los Judíos se arreglaban en el piso superior de las casas, ó sobre las terrazas de las habitaciones más pobres.

partir. El tiempo había modificado ese detalle. Los Judíos en la época de Jesús, celebraban la comida del cordero reclinados en los lechos. "Comer de pie," dicen los Rabinos del Talmud, "conviene á los sirvientes; acostados conviene á los señores. Sin duda, es el pan de la afición y de la servidumbre el que comemos, pero él debe ser comido á la manera de los seres libres, de los reyes y de los grandes."¹

El número de los convidados no debe ser inferior á diez, y él montaba algunas veces hasta cuarenta ó cincuenta. El cenáculo estaba adornado con alfombra y cortinaje. En medio, un poco elevada, se levantaba la mesa única teniendo el cordero, los panes ázimos y la copa de vino que se pasaban los convidados. En derredor de la mesa, en semicírculo, los lechos estaban preparados, ligeramente inclinados un poco sobre el piso. Cada convidado debía extenderse sobre el costado izquierdo, con la mano derecha libre. El primer lugar estaba en el centro, el segundo á la izquierda, el tercero á la derecha, y así en seguida.² Entre los lechos y los muros, los criados podían ir y venir libremente á la llamada del amo.

Por la noche, Jesús abandonó á Bethania con los discípulos, vino á la ciudad, al lugar mismo que él había designado, y en donde Pedro y Juan todo lo habían dispuesto.

A la hora del festín, después de la puesta del sol, se puso en la mesa. El ocupaba el lecho de honor: Pedro estaba detrás de él á su izquierda; Juan á su derecha. Inclínándose un poco hacia atrás, el discípulo amado podía reclinar su cabeza sobre el pecho de Jesús. Judas estaba con los Doce. Al verse entre los suyos, Jesús profirió una palabra en la que se mezclan una alegría y un dolor profundos: "He deseado," dijo, "con un gran deseo, comer esta Pascua con vosotros, antes de que yo sufra. Yo ya no la comeré, sino hasta que se haya

¹ Babyl. Berac., fol. 46, 2.

² Hierosol. Taanith., fol. 68, 1; Babyl. Berac., fol. 64, 2.

cumplido en el Reino de Dios."³ El está emocionado y triste, pensando que esta Pascua es la última. Pero él reservó para esta reunión grandes cosas y las señales supremas de su amor: él se estremera con la idea de lo que va á revelar y de lo que va á hacer.

Conforme á los ritos, el padre de familia, después de la oración, tomaba la copa de vino y la pasaba á los convidados, diciendo: "Bendito seas, Señor, que has creado el fruto de la vid." En seguida se comía, templadas en el charozet,⁴ las plantas amargas. Jesús tomó la copa llena, dió gracias, y dijo:

—"Tomad y repartidlo entre vosotros."⁵

La tristeza de dejar á los suyos le hizo añadir: "Yo os digo, no beberé ya de este fruto de la vid, hasta que venga el Reino de Dios, y que lo beba nuevamente con vosotros en la casa de mi Padre."⁶

El pensamiento de la eterna vida sucediendo á la que pasa, las alegrías del Reino y de la casa del Padre sucediendo á los dolores de esta tierra, he aquí, para Jesús y para sus discípulos, lo que suaviza las angustias de la muerte. El les recuerda ese porvenir glorioso, bajo la imagen popular del festín. El vino que será bebido en la mesa del Padre celestial, es el símbolo del Espíritu que embriagará á todos los elegidos y de los que Jesús será la copa inagotable.

Durante el tiempo que ellos estaban en la mesa y que comían, Jesús les dijo:

—"En verdad, uno de vosotros me hará traición."⁷

¹ Luc., XXII, 15.

² Condimento compuesto de almendras, de nueces, de higos y otros frutos dulces. Por su color rojizo, dicen los Rabinos, él recordaba el ruído trabajo de los ladrillos impuesto á los Israelitas en Egipto; y por su gusto, las dulzuras que Jehovah merced á las amarguras de su pueblo. Cf. Godet., Comment., sobre San Lucas, ah. h. 1.

³ Luc., XXII, 17.

⁴ Mat., XXVI, 29; Marc., XIV, 25; Luc., XXII, 18.

⁵ Marc., XIV, 18.

El acento con el que él pronunció esta palabra tenía algo de solemne y de doloroso. La presencia de Judas le afligía. Sólo él tenía el secreto de su traición. Ninguno de los discípulos sabía que el complot estaba resuelto, y que uno [de entre ellos era el alma.

La palabra: "Hay entre vosotros un traidor," les desconcertó. La incertidumbre del día siguiente, la lucha que sostenía, el temor de una debilidad, les espantó. Ellos sabían que el Maestro leía en el porvenir como en su conciencia; y todos, mirando hacia él, preguntaban llenos de tristeza:—¿Soy yo, Señor?

Jesús repitió la misma palabra sin designar al traidor:

—"Es uno de los Doce, el que mete la mano conmigo en el plato.

"A la verdad, el Hijo del Hombre va, como está escrito de él; ¡pero ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre será entregado! Más le valiera á este hombre no haber nacido."

No es por él por lo que Jesús se entristece, es por el traidor; él quisiera salvarle, provoca á su conciencia á la confesión del crimen, y le espanta con el anatema que el culpable va á atraerse.

Judas quedó cerrado, impenetrable. En lugar de decir: Soy yo, dijo como los demás: ¿Acaso soy yo? El disimuló,—creyendo engañar sin duda á aquel á quien había entregado.

Jesús le respondió: "Tú lo has dicho."¹ Pero ninguno notó la palabra. El misterio no fué descubierto, y él hizo pesar sobre todos una pesada, una indecible angustia.

El festín continuó.

Entonces pasó una escena que es preciso leer con la fe de

¹ Mat., XXVI, 24; Marc., XIV, 21.

² Mat., XXVI, 25 y paral.

aquellos que nos la han transmitido, con el alma de aquel que la había reservado para esta hora conmovedora.

"El sabe, dice San Juan, ' que esta Pascua es para él el verdadero "pasó," la hora ardientemente deseada, en la que él "pasará" de este mundo al Padre. El había amado á los suyos que estaban en el mundo, él les amó hasta el fin." Estas sencillas palabras no tienen necesidad de comentario. Adivinase, por su dulzura profunda, y el acento que ellas han guardado, cuánto amor desborda el corazón del Maestro para con sus discípulos,—aquellos á quienes el Evangelista llama "los suyos." Este amor va á inspirarle un acto que ningún hombre jamás había concebido y que no puede convenir más que á Dios.

Mientras que ellos comían, Jesús tomó el pan, dió gracias, le partió y se lo dió, diciendo:

—"Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí."

Un poco después, terminada la cena, cuando, conforme á los ritos, el padre de familia pasaba la última copa á todos los convidados, Jesús tomó el cáliz, dió gracias, y se lo dió, diciendo:

—"Bebed todos de él. Esta es mi sangre, el cáliz del Nuevo Testamento, que va á ser derramada por vosotros para el perdón de los pecados. Cuando hiciéreis estas cosas, siempre que bebiéreis, será en memoria de mí."²

Estas palabras: "Tomad y comed: éste es mi cuerpo; tomad y bebed: éste es el cáliz de mi sangre,"—entendidas en su verdad, á la letra, sin metáfora,—son para la razón humana un misterio inaudito, impenetrable. El pan que Jesús presen-

¹ Juan, XIII, 1, 2.

² Nos quedan de esta escena cuatro versiones: tres nos son dadas por los Evangelios sinópticos; la cuarta por San Pablo (I. Corint., II, 23-25). Las cuatro versiones son substancialmente idénticas; ahí se halla la presencia real, substancial, del cuerpo y de la sangre de Jesús, bajo el pan y el vino, el deber impuesto á los apóstoles y á sus sucesores, de renovar, en memoria de Jesús, lo que hace él mismo, el carácter expiatorio de la sangre de Jesús, el poder sacerdotal creado por Jesús con el deber mismo de hacer lo que él ha cumplido.

ta á sus apóstoles no es ya pan, sino su cuerpo que va á ser inmolado; el cáliz que les hace beber, ya no es vino, sino su propia sangre que va á ser derramada.

Los apóstoles lo han comprendido así, ellos no han preguntado: ¿Cómo puede hacerse esto? En la sencillez y la plenitud de su fe, sabiendo que la potestad del Maestro no tenía límites, y que la verdad estaba en él, ellos han creído en su palabra, ellos han comulgado su cuerpo y su sangre, bajo las especies de pan y vino.

Lo que Jesús dijo, hace un año, al pueblo de Galilea, en Capharnaum, ¹ hoy lo realizó algunas horas antes de morir.

El enseñó entonces que él era "el Pan de vida," que al comerle, se viviría; que "si no se comiese la carne del Hijo del Hombre y no se bebiese su sangre, no se viviría," que "su carne era el verdadero alimento, y su sangre la verdadera bebida; que el que come su carne y bebe su sangre, permanece en él."

El pueblo, ofendido, escandalizado, se extraviaba preguntando con ironía, cómo aquel daría su carne á comer. El "cómo," helo aquí.

Esta escena contiene toda la religión de Jesús. En este instante, único de su vida, él la realiza, de un golpe, en su perfección. El aparece á la vez sacrificador y víctima, creando el sacerdocio eterno y el eterno sacrificio. El revela, sin figura y sin parábola, la razón de su muerte. Hasta ese día, él no había hecho bajo este respecto, sino alusiones llenas de reserva, y había afirmado á sus discípulos la necesidad divina. "Es preciso que ella se cumpla," les repitió. Hoy enseña, por qué su carne debe ser entregada y su sangre derramada. El es la Víctima que perdona los pecados del mundo. Tal es el destino del Hijo del Hombre, y la última palabra de la Eucaristía del Hijo eterno de Dios.

¹ Juan, VI, 35 y sig.

El mal está en la humanidad, es preciso vencerle; y para vencerle, él deberá ser expiado: él lo será por el Hijo del Hombre. La justicia terrible de Dios pesa sobre la humanidad pecadora, es preciso que la justicia sea satisfecha: el Hijo del Hombre sufriendo y muriendo, la aplacará. Juan el Precursor bien le había llamado "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo."

¿Cómo los hombres gozarán de la expiación personal que el Hijo del Hombre viene á cumplir? ¿Cómo participarán de los dos grandes beneficios de su muerte, la manumisión del mal y el aplacamiento de la justicia de Dios? Ellos deben ser incorporados á la Víctima que se entrega y que muere por ellos. Ahora, Jesús no ha querido solamente la unión espiritual á su Espíritu y á su persona; su designio ha sido más grande. El ha querido la unión espiritual material juntamente, él ha querido que el hombre, espíritu y materia, cuerpo y alma se uniera en espíritu y en realidad á todo su ser, al Hijo de Dios y al Hijo del Hombre, á su divinidad y á su humanidad, á su alma y á su carne: él ha querido que se creyese en su palabra y que se llegara á ser por la fe un mismo Espíritu con él; él quiso que se comiese su cuerpo y se bebiese su sangre, que se fuese incorporado á la carne del Hijo del Hombre.

Tal es la prodigiosa economía de la salvación, y la razón del misterio eucarístico.

Al mismo tiempo que él se revela como Víctima, Jesús, con la soberanía de su sacerdocio, instituye el rito del verdadero, del eterno sacrificio; él abroga, suprime á todos los demás, insuficientes y vacíos, falsos y pasajeros. Nada de vanas hecatombes, nada de sacrificios humanos, nada de cordero pascual. La sangre de los toros y de becerros, á Dios no le agradan: ella no puede nada para purificar la conciencia ni para aplacar su justicia. En lo de adelante, no hay en el mundo sino una Víctima, el Hijo del Hombre muriendo por los pecados del mundo.

Este drama que desde mañana va á ejecutarse en su realidad sangrienta, Jesús le profetiza, él le cumplió ya bajo una

forma sacramental, antes de que él tenga lugar; y cuando él haya sido ejecutado, él le continuará por el festín eucarístico, hasta el fin de los siglos. La Víctima ya no desaparecerá; el sacrificio será perpetuo.

Al decir á sus apóstoles: "Haced esto en memoria de mí," él creó el sacerdocio con la potestad de reproducir y de eternizar lo que él acaba de cumplir.

Bajo la palabra del Maestro y hablando en su nombre, los hombres que han heredado este poder, tomarán el pan y dirán: "Este es mi cuerpo; tomarán el cáliz y dirán: "Esta es la sangre del nuevo testamento," y distribuirán á los creyentes el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios. El Hijo de Dios estará presente bajo las apariencias del pan y del vino, con la sustancia de su carne y de su sangre, separadas sacramentalmente; él estará presente con su alma y su divinidad; y él será el alimento, la bebida y la vida del mundo. De esta manera se consumará la obra inefable del Reino: la incorporación de todos los elegidos al Hijo de Dios, por la Fe y por el Sacramento.

El humilde cenáculo se ha multiplicado sobre la faz de la tierra. Se ha convertido en el Templo de los cristianos. El está en todas partes. A toda hora, se ve remover el sacrificio misterioso del Cordero. Comulgando á la Víctima, el hombre se purifica y triunfa del mal, aprende á amar á Dios y á amar á sus hermanos. Este festín es el de la caridad. Gracias á él, el fuego encendido por Jesús en este mundo helado de egoísmo no se extingue, él se atiza y se esparce. Los siglos ruedan y todo lo llevan; ellos no borran el recuerdo de Aquel que amó á los hombres hasta morir, y hasta darles, con su muerte, la vida divina de la que él desborda.

Jesús, al presente, puede entregarse al odio homicida. La muerte y el odio no tendrán fuerza contra él. Aun desaparecido, él vivirá, no como un sencillo recuerdo en el alma de los suyos, sino como una realidad oculta á sus ojos y en medio de ellos. Su culto no será un culto vacío y vano, sino un cul-

to en espíritu y en verdad; y durará hasta que cayendo los velos, el mismo Jesús aparezca en su gloria.

Durante más de doce siglos, los cristianos han renovado con una fe sin turbación el festín eucarístico. La razón que se cree audaz y que no es sino tímida, se ha alarmado, clamando por lo incomprensible y lo imposible. Como los Galileos de Capharnaum, algunos cristianos se han escandalizado. En su desconfianza, ellos han querido hacer razonable, es decir, bajar al nivel de un espíritu, la institución de Jesús. Ellos han enervado el vigor todopoderoso de estas expresiones: "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre." Ellos las han reducido á una metáfora, no siendo en el designio de Jesús sino una recomendación dirigida á los suyos de su recuerdo, y en la Cena una comida que renovar, para conmemorar su muerte.

Pero lo que ninguna exégesis, ninguna crítica osará, es poner en duda y aménorar el pensamiento que es el alma de tales palabras y que domina á una institución semejante.

Jesús, en este momento, se afirma como la Víctima del mundo, y da su sangre como la reducción del pecado. Rescatar los pecados no se concibe sin el Espíritu de Dios quien sólo justifica y perdona; y si la sangre de su Jesús tiene la virtud de comunicarle, no es ya la sangre de un hombre, sino la sangre de un Dios.

Si á él le plugó darnos su carne á comer bajo las especies del pan y su sangre á beber bajo las del vino; él es el señor; su omnipotencia no tiene límites. Instituyendo á la Eucaristía, él no es más admirable que pidiendo á los hombres creer en su función divina de Redentor. Los cristianos que creen en ésta son inexcusables de no creer en aquella.

Los incrédulos que quieren saber y juzgar no pueden escapar al enigma que ante ellos se levanta. ¿Quién es este hombre que habla un lenguaje del que nadie jamás ha deletreado la menor sílaba? ¿Quién es este mártir que conoce su suplicio antes de que él llegue, mirándole como una deuda de la hu-

manidad, y considerándose él mismo como el Libertador universal ante la justicia de Dios? Iluminado, insensato, él no lo es. El iluminismo y la locura nunca han ejercido sobre la marcha de los acontecimientos humanos una influencia decisiva. Jesús cambió, dominó el torrente; él libertó al hombre y le salvó. Lo que él piensa de sí mismo y lo que enseñó es, pues, cierto. El pecado está en la humanidad: él lo expía por su muerte. Pero entonces, él es más que un hombre, más que toda criatura inteligente y libre; su forma humana cubre el Dios oculto, y su filiación divina, de la que no ha dejado de dar testimonio, es la única justificación del papel trascendental que él se atribuye.

Esta conclusión que se impone, cuando se examinan en detalle los actos y la doctrina de Jesús, resorte más imperioso del acto por el cual instituyó el rito del eterno sacrificio y de las palabras que han acompañado á la institución. Pero el espíritu puede ser subyugado y la conciencia no rendirse á la verdad. Judas es el tipo de esas naturalezas contra las cuales se estrella la fuerza del testimonio que Dios se da á sí mismo y de la bondad por la que él trata de salvarnos.

Testigo de esta manifestación del amor de su Maestro, él aceptó de su mano el pan del que decía: "Este es mi cuerpo, entregado por vosotros." El bebió de la copa de la que decía: "Esta es la sangre del Nuevo Testamento." esta alma rebelde no se arrepintió; ella no se abrió al amor. Tanta obstinación ante tanta afección arrancó una nueva exclamación á Jesús:

—"Y sin embargo, la mano del traidor está conmigo, en esta mesa," dijo; después, resignado con su suerte y tratando aun de salvar, por el anatema, al discípulo obstinado, agregó:

—"Y á la verdad el Hijo del Hombre se va, según lo que está escrito de él: ¡pero ay de aquel hombre por quien será entregado!"

Los apóstoles inquietos, agitados, se miraban, y se interrogaban, preguntándose quién era el traidor.

¹ Luc., XXII, 22, y paral.

Terminada la cena, Jesús se levantó. Y "él, á quien el Padre había dado todo en las manos, él que había salido de Dios y que volvía á Dios," olvidando su grandeza divina, "dejó sus vestidos, tomó un lienzo y se ciñó, vertió agua en una bandeja, y comenzó á lavar los pies á sus discípulos, y á enjuagarles con el lienzo de que estaba ceñido."

Semejante acto era extraordinario; él convenía á los criados, y jamás se había visto desempeñar por el Señor, el jefe de la familia.

Cuando Jesús llegó á Simón Pedro, éste, lleno de confusión, exclamó: —¡Señor, vos me laváis los pies!

—"Lo que hago," le respondió Jesús, "tú no lo sabes al presente, pero tú lo sabrás más tarde."

—No, jamás, replicó Cefas, con vivacidad, vos no me lavaréis los pies!

—"Si yo no te lavo," le dijo Jesús, "no tendrás parte conmigo."

El pensamiento de ser separado de su Maestro tocó á Pedro en lo vivo.—Señor, exclamó, he aquí mis pies, y mis manos y mi cabeza.

Jesús le dijo:—"Aquel que está ya purificado no tiene necesidad mas que de lavar sus pies, y está enteramente puro; y vosotros, estáis puros, pero no todos."

Alusión nueva á Judas. El pensamiento del traidor siempre está presente á Jesús, y él aprovechó ó hizo nacer las circunstancias para arrancarle de la obsesión de su crimen.

Ante la idea que una traición vendría de uno de ellos, los discípulos protestaron respecto á su fidelidad; cada uno hacía valer sus servicios; y luego, ayudando la emulación, se pusieron á discutir respecto á la primacía de tal ó cual en el Reino. Esta cuestión del primado les perseguía. Ella descubre todo lo que hay de personal y de indestructible egoísmo en el corazón humano. Esto es lo que Jesús viene á combatir.

¹ Juan, XIII, 4 y sig.

El egoísmo es la ley de nuestra naturaleza perversa. El todo lo domina en la tierra, engendra todas las faltas, todos los vicios, todos los crímenes; él es por esencia, ambicioso y tiránico. Jesús quiere desterrarle de su reino visible. La jerarquía y el poder que él ha establecido no se asemejarán para nada á las del mundo.

—“Los reyes de las naciones,” dijo á sus apóstoles, “dominan sobre ellas. Aquellos que tienen potestad sobre ellas son llamados lisonjeramente bienhechores; respecto de vosotros no debe ser así.

“Que aquel de vosotros que es el más grande sea como el menor; y el que gobierna, como aquel que sirve. ¿Quién es más grande, el que está sentado á la mesa ó el que sirve? ¿Acaso no es el que está sentado á la mesa? Ahora bien, yo, estoy en medio de vosotros como aquel que sirve.”¹

Después de haber, en la Cena Eucarística, creado el sacerdocio, el mayor y el más santo de los poderes, Jesús marca la ley esencial, eterna.

De la misma manera que el sacerdocio no es sino una derivación del poder de Jesús, igualmente, él no tendrá otra ley que aquella á la que Jesús siempre ha obedecido. Ahora bien, esta ley está toda entera en la caridad. El egoísmo no mira y no busca sino á sí; la caridad no quiere sino el bien de los demás. El egoísmo, en el poder, pide esclavos; la caridad, en el poder, no trabaja sino para libertarlos. El uno se hace servir; la otra sirve. El uno explota; el otro se consagra. El uno guarda y aumenta su vida; el otro la da. El mundo y las fuerzas que le llevan están en el egoísmo; el Reino de Dios y la jerarquía por la que el Maestro se continúa visiblemente entre los hombres, deberán estar en la caridad.

El acaba de mostrarlo, lavándoles sus pies; por este rasgo de humildad él termina su vida con ellos. Este ejemplo, dado algunas horas antes de morir, no será olvidado. El será una parte del Testamento y de las voluntades santas de Jesús.

¹ Luc., XXII, 25 y sig.

Entonces, él volvió á tomar sus vestidos y, habiéndose puesto á la mesa, dijo:—“¿Sabéis lo que acabo de hacer? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si, pues, yo os he lavado los pies, yo, Maestro y Señor, vosotros debéis lavaros los pies los unos á los otros. Yo os he dado el ejemplo, á fin de que como yo lo he hecho, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad, yo os digo, el sirviente no es más grande que su Señor, y el apóstol más grande que aquel que le envió. Dichosos si sabéis esto y lo hacéis!”¹

El tuvo un movimiento de alegría, mirando á los suyos; les dijo con una ternura llena de emoción:

—“Vosotros habéis permanecido conmigo, en mis tentaciones.”²

Esta fidelidad valerosa no será vana. El Hijo del Hombre no estará siempre bajo la prensa de la prueba; los días triunfantes llegarán.

—“Y yo,” agregó, “yo os preparo el Reino, como mi Padre me lo ha preparado, á fin de que comáis y bebáis en mi mesa, en mi Reino, y que os sentéis sobre los tronos, juzgando á las doce tribus de Israel.”³

Una última vez, la presencia de Judas le turbó. El ve el crimen inevitable del traidor.

—“Yo no digo esto de todos,” exclamó. “Yo se á los que he escogido. La palabra de la Escritura se cumplirá: El que come conmigo el pan, levantará el pie contra mí.⁴ Yo os lo anuncio antes de que acontezca, á fin de que después del acontecimiento, creais en lo que soy.”⁵

El dolor de ser traicionado por uno de los suyos, la presencia de Judas, el deseo ardiente de salvarle, la vista del traidor resistiendo á toda llamada y arraigándose en su resolución fa-

¹ Juan, XIII, 12 y sig.

² Luc., XXII, 28.

³ Luc., XXII, 29 y sig.

⁴ Salm., XI, 10.

⁵ Juan, XIII, 18 y sig.

tal, agitaban el alma de Jesús. El se turbó en su espíritu.¹ Pero el abandono filial á su Padre que le condenó á sufrir el padecimiento supremo de la traición, calmó todo en él; y, con un acento lleno de firmeza y de solemnidad, volvió á decir á los suyos:—"En verdad, en verdad, os declaro, uno de vosotros me hará traición."²

Los discípulos más turbados y más inquietos, viéndose el uno al otro, trataban de penetrar el misterio que cubría á Judas, y que el Maestro, con su bondad, no quería esclarecer.

Jesús tenía delante de él, á su derecha, á Juan, el discípulo preferido, y á Pedro, detrás de él á su izquierda. Cephas no se contuvo más. Se levantó un poco por encima de Jesús é hizo señal á Juan de preguntar el nombre del traidor. Juan, con la cabeza inclinada hacia atrás, descansaba sobre el pecho de Jesús; le dijo muy bajo:—"¿Señor, quien es?"

Jesús confió al amigo el secreto doloroso; pero tuvo cuidado que nadie, si no fué tal vez Pedro, le escuchase.

"Es aquel," respondió Jesús, "á quien daré el pan mojado."

El mojó el pan y le dió á Judas Iscariote. Judas le tomó y le comió. Este fué el último acto de su hipocresía. El espíritu satánico le poseía; él era el instrumento, él había agotado á la misericordia de Dios. La medida estaba llena.

Jesús le dijo esta palabra terrible: "Lo que haces, hazlo pronto."³

Ciertamente, él no manda, no aconseja, él reprueba por el contrario; pero muestra, hablando de esta manera, que no impedirá que se cumpla la traición.

Ninguno de los convidados, con excepción de Juan y tal vez Pedro, comprendió el sentido de las últimas palabras de Jesús. Algunos pensaban que Judas, teniendo la bolsa, había recibido la orden de comprar lo necesario para la fiesta del día siguiente ó de dar algo á los pobres.

¹ Juan, XIII, 21.

² Juan, XIII, 21 y sig.

³ Juan, XIII, 27.

Cuando Judas salió, ya era noche. La pasión de Jesús comenzó. Judas, al ejecutar su plan, va á poner en movimiento toda la acción: ella será rápida, terrible, cruel: mañana, antes del fin del día, la sangre del Justo vendido será derramada. Todo será consumado. Jesús está dispuesto. Al decir á Judas: Haz lo que tienes que hacer, él mismo ya se entregó.

Su suplicio y su muerte son su gran obra. Ser la Víctima universal, rescatar, libertar del mal á la humanidad perdida, atraer todo por la inmensa caridad, cumplir, al morir, la voluntad del Padre quien ha resuelto del todo salvar por su Hijo, sellar con su sangre la verdad de su enseñanza y la eternidad de su Reino, vencer á la muerte después de haberla sufrido, entrar en la vida de Dios, é introducir á ella á sus elegidos: he aquí, del todo juntas, la gloria del Hijo del Hombre y la gloria de Dios. Ellas se engendran la una á la otra, se aumentan la una por la otra, alumbran al alma de Jesús y la embriagan. Dentro de un momento esa misma alma, sintiendo llegar á la muerte, se abismará en el horror de una agonía inexplicable; pero en este momento, el Espíritu le da á sentir su fuerza y su gloria; y por un himno de triunfo es como ella empieza á entrar en la muerte.

—"Ahora," exclamó, "el Hijo del Hombre está glorificado, y Dios está glorificado en él, y si Dios está glorificado en él, también Dios le glorificará en sí mismo y no tardará."¹

¹ Juan, XIII, 31-32.



CAPITULO VII.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS.

El hombre, al aproximarse la muerte, algunas veces se transfigura. El espíritu de los santos se esclarece con luz divina, su corazón, desprendido de lo que pasa, se llena de caridad infinita; encuentran palabras que tienen la grandeza y la calma de la eternidad.

Jesús no tiene necesidad de la cercanía de la muerte para que sus facultades humanas estén exaltadas en Dios; ellas vibran siempre á merced del Espíritu, como lo exigen la gloria de Dios y el bien de los hombres.

Sin embargo, á ejemplo de los que van á morir, él reservó para este instante supremo sus mejores palabras.

Salido Judas, él se halló solo en el cenáculo, con los Once. El puede abrirse sin temor. Todos le son fieles; él los ha escogido, engendrados á la vida de Dios, á su propia vida, alimentados con su doctrina y con su amor; él hizo pasar en ellos su alma y su Espíritu; él sabe que va á dejarles, que la separación es inminente: ya no tiene días para vivir con ellos, sino sólo horas.

Su ternura estalló.

—“Hijitos míos,” les dijo, “yo no estaré sino poco tiempo entre vosotros. Me buscaréis entonces. . . . Pero, como lo he dicho á los Judíos, os lo digo también al presente. A donde voy, no podéis venir.”¹ Jesús siente el vacío profundo que va á dejar su partida en el alma de sus discípulos. Presente él ellos no tienen nada que temer; les mira; él es su fuerza, su luz y su vida; pero cuando él ya no esté con ellos ¿qué harán?

Es necesario, por tanto, que la separación se cumpla. El Hijo del hombre vuelve á Dios, á su Padre, á la gloria infinita que le espera en su Reino. Pero ¿por qué camino? Por el que la voluntad del Padre ha trazado: la muerte violenta, un suplicio afrentoso. Todos los dolores van á abrumarle.

Este camino no está todavía practicado:² él va á abrirle. Después de haberle recorrido heroicamente, entrará en la gloria; y entonces solamente, los hombres, los llamados, podrán venir.

Por tal razón, los apóstoles que tuvieron el privilegio de seguir al Maestro desde la primera llamada, á través de la lucha y de las contradicciones, en las fatigas de su apostolado,—los apóstoles ellos mismos no le seguirán, desde ahora á la muerte.

Jesús va á decirles sus últimas voluntades.³

—“Yo os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos á los otros, como yo os he amado. Si, que así os améis los unos á los otros. Por esta señal, todos conocerán que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros.”

El amor que Jesús impone á sus discípulos y que él llama nuevo no podría ser comprendido con el sentimiento de humanidad que se haya en el fondo de toda conciencia sana y que los paganos han conocido, ni con el precepto conocido en el Decálogo;⁴ él tiene otro origen, otro dominio, otro fin, otra

¹ Juan, XIII, 35.

² Hebreos, IX, 8.

³ Juan, XIII, 34-35.

⁴ Deut., VI, 5.

ley; él tiene por principio el Espíritu vivo de Dios, inspirando á nuestro corazón, é inclinándonos á ver en todo ser humano, —sin distinción de raza y de religión, de virtud ó de cultura, de condición ó de sexo,—á un ser inteligente y libre, capaz de ser un hijo adoptivo de Dios; él tiene por fin llevarle hacia Dios, el bien supremo é infinito; él tiene por ley el sacrificio de sí mismo, la abnegación desinteresada, absoluta, hasta el sufrimiento y la muerte.

Lo que Jesús ejecutó con nosotros, él nos pide ejecutar con todos. Este amor es la mayor novedad. Jamás antes de él, ni entre los Judíos ni entre los paganos, ni la sospecha se había tenido. El es la señal inimitable del Salvador de los hombres, también él será la marca de sus discípulos. Fuera del Reino de Jesús, los hombres se odian, á pesar de la humanidad de que se jactan; y hasta entre los Judíos, en despecho de su Ley, se ve á la caridad restringida al límite de la raza y del culto. Cualesquiera que no sea de la raza y del culto, no es prójimo. Sólo los cristianos, si siguen á su Maestro, conocen la caridad infinita, universal; ellos la deben hasta á aquellos que no tienen su fe, porque Jesús, el Maestro nos ha amado, antes que fuéramos dignos de serlo,—en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

Semejante mandamiento todo lo implica. El hombre que, para comunicar á sus hermanos al Dios del que él vive, está dispuesto á sacrificarse, á sufrir, á olvidarse, á morir, está dispuesto á todas las virtudes y ya tiene en él la fuente viva.

—“Haced como yo, hijitos míos,”¹ decía Jesús. Ahora bien, en ese mismo momento, él iba á dar su vida. Los preceptos así encarnados en el ejemplo del Maestro que les promulga, tienen una claridad y una potestad irresistibles. Ninguna filosofía les explicaría mejor, y ninguna exhortación sabría añadirle á su atractivo.

Un pensamiento, sin embargo, turbó á Pedro y pesó en su

¹ Ef., II, 4, 5.

² Juan, XIII, 35.

corazón: ¿Jesús no creía entonces en la fidelidad de sus discípulos ni en su valor, puesto que les decía, como á los Judíos, que ellos no podían seguirle? El condujo la cuestión á este terreno:—¿A dónde váis, Maestro? preguntó, dejando ver con su tristeza, su deseo ardiente de acompañarle.

Jesús le respondió: “A donde yo voy tú no puedes seguirme por ahora; pero me seguirás más tarde.” Esta palabra de esperanza no bastó á Cephas. Como todos los que aman, él contuvo mal su impaciencia. No dudando de su corazón, él no dudó de sus fuerzas—¿Por qué, dijo, no puedo seguiros por ahora?

Por tanto, viendo Jesús, la tempestad que iba á asaltarle á él y á los suyos, conociendo á la debilidad del hombre á quien el Espíritu no ha transformado todavía:

—“Simón, Simón,” exclamó, “Satanás, el adversario, ha pedido que fuérais cibados como trigo. Pero yo he pedido por tí, para que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, conforta á tus hermanos.”¹

Estas palabras proféticas insinuaron al imprudente Cephas, con una delicadeza exquisita, que él no era de talla para sostener la lucha en la que él iba á entrar. El enemigo es terrible, la debilidad del hombre es profunda, porque el hombre no tiene fuerza sino en Aquel cuya oración omnipotente le merece la virtud misma de Dios.

Está en sus designios que los Once sean sometidos á la prueba: Jesús se los insinúa. Ellos conocerán por experiencia su miseria y su pequeñez. Con esta condición, ellos serán fuertes, y la oración de Jesús les hará invencibles. Pero Pedro está seguro de él; en lugar de comprender la verdad que su Maestro le revela en media palabra, llevado de la presunción, exclama:—Señor, yo estoy presto á ir con vos, á la prisión y á la muerte. Sí, yo daré mi vida por vos.

—“¿Tú darás tu vida por mí?” dijo Jesús. “En verdad, en

¹ Luc., XXII, 31, 32.

verdad, yo te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo sin que me hayas negado tres veces."¹

Pedro debió quedar aterrado. La última ilusión de las almas semejantes á la suya es engañarse respecto á su propia fuerza. Cuando se ama, se cree capaz de todo. Sufrir, morir, no parece nada. De todas las temeridades, la más incurable y la más sencilla, la más excusable también, porque ella es sincera, no es la del espíritu ó de la voluntad, sino la del corazón.

He aquí á los discípulos advertidos: ellos no pueden seguir desde ahora al Maestro; la separación será cruel para ellos, entregados á mil luchas, á mil pruebas en las que desfallecerán por un instante. Los días tranquilos han concluido; ellos desaparecerán con Jesús. Cuando el Señor estaba con ellos, apareciendo á todo, aun cuando ellos no tenían nada, ellos no carecían de nada.—"Cuando yo os he enviado sin bolsa, sin saco y sin calzado, ¿qué os ha faltado?"—Nada.—"Pero, ahora," replicó Jesús, "que aquel que tenga una bolsa, la tome, y un saco igualmente; que aquel que no tenga, venda su túnica y compre una espada. Porque, yo os lo digo, es preciso aun que la palabra de la Escritura se cumpla en mí: Se le trató como á un facineroso."²

"Todo lo que me concierne llega al desenlace."³

No es á los apóstoles con una bolsa llena, un saco bien provisto, y armados de espada, á quienes Jesús envía á la lucha. Engañaríase respecto á su pensamiento, si en esas imágenes enérgicas se viera una apelación á la fuerza material. Siguiendo su costumbre, Jesús tradujo en parábolas vivas el estado de hostilidad que aguarda á los suyos, y es siempre la espada del Espíritu que resta su fuerza. El, que va á entregarse á la muerte, no piensa en matar, y sus discípulos sabrán algún día caminar sobre sus huellas, como el cordero mudo que se lleva al matadero.

¹ Luc., XXII, 33, 34; Juan, XIII, 38.

² Isaias, LIII, 12.

³ Luc., XXII, 35 y sig.

Los Once, sin embargo, parecen ser despreciados por el pensamiento de su Maestro. A esta palabra de espada:—Señor, le dijeron, he aquí dos espadas.¹

Jesús no les replicó; cambió de conversación, diciendo con una ironía dolorosa:—Por el uso que tendréis que hacer de tales armas, "¡basta!"

Su palabra se hizo más confortadora; les calmó y les consoló.

—"Que vuestro corazón no se turbe. Vuestra fuerza está en Dios y en mí. Vosotros creéis en Dios, creed también en mí."² La Fe supone el bien y la fuerza: no se cree sino en lo que es bueno y fuerte. Creer en Dios y en Jesús, es creer en su bondad omnipotente. A pesar de la lucha y los obstáculos, á pesar de todos los dolores y de todas nuestras debilidades, Dios y su Cristo llevan las cosas á su término: ellos son los que triunfan; y los creyentes, imperturbables en la confianza y la serenidad, pueden tranquilizarse.

En seguida, queriendo sostener la fe de los suyos, Jesús les dijo sin reticencia á donde iba, la razón de su partida, y les habló de su regreso y de la reunión que le seguiría. La separación no será sino temporal. Todos llegarán á reunirse. Lo que él promete á Pedro lo promete á los Once y á tantos otros que crearán en él.

—"Hay bastantes moradas en la casa de mi Padre;" ellas están reservadas á todos los creyentes; "si no yo os lo hubiera dicho. Ahora, yo voy allá á prepararos un lugar. Y cuando me haya ido y os haya preparado un lugar, volveré, os tomaré cerca de mí, á fin de que ahí en donde estoy estéis también vosotros."

Jesús habla de las realidades del mundo eterno é invisible, con claridad, sencillez, autoridad, él tiene la vista directa y él

¹ Luc., XXII, 38.

² Juan, XIV, 1 y sig.

es el Señor. El las revela con imágenes sencillas y profundas, á fin de que toda alma sencilla pueda entenderlas.

El entra por la muerte en la casa de su Padre. Dios es la gran morada, el verdadero Templo. Los que le aman y le conocen habitan verdaderamente en él. Sólo Jesús, tiene el conocimiento pleno y el amor infinito de su Padre; por lo mismo sólo él tiene el derecho de hablar de la casa de su Padre; ella es la suya. Hijo de Dios, él no la ha dejado jamás; pero al hacerse Hijo del Hombre, él bajó á la tierra del sufrimiento y de la muerte, á fin de sufrir y de morir en ella. Pasada esta faz, todo entero él estará en la gloria, la impasibilidad y la vida de Dios. Su cuerpo transfigurado será el centro activo de la renovación del universo, y todo el universo material, transfigurado por Dios y por él, será la morada del Padre.

La función de Jesús es la de introducir ahí á sus elegidos, de prepararles ahí el lugar. No se podría entrar ahí sino por él. Ninguna criatura tiene el poder de introducirse en el Ser divino, de conocerle tal como es, de conocerle y de vivir. El hombre aun sin pecado, no podría pretenderlo, porque ese destino es un don gratuito de bondad infinita. Sólo Jesús nos le transmite con el Espíritu de Dios; y por este mismo Espíritu, él vuelve á nosotros, para arrancarnos del reino de la animalidad, de la humanidad y de la muerte; él nos toma con él y nos lleva á Dios, á fin de que ahí, en donde él está, estemos también.

Esa vuelta de Jesús se verifica sin cesar, por todas partes, invisiblemente, en todas las conciencias que se abren á la fe; y la reunión de los creyentes á su Maestro se ejecuta sin cesar, á su vez, por todas partes, á la hora en que la muerte rompe el lazo que les encadena á este mundo tenebroso.

Después de haberles explicado estos misterios, el Maestro podía decir á sus discípulos:

—“Al presente ya sabéis adonde voy, y conocéis el camino para uniros conmigo.”¹

¹ Juan, XIV, 4 y sig.

Uno de los Once, Tomás, exclamó: él nada había comprendido de lo que el Maestro acaba de decir, y tuvo la franqueza de confesarlo:—No sabemos á donde váis, Maestro; ¿cómo podremos conocer el camino?

—“Yo soy,” le dijo Jesús, “el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre, si no es por mí.”

Nada de equívoco, nada de incertidumbre. El término es el Padre, fuente eterna, inmutable, inagotable del Ser, de la verdad, del amor y de la vida; hé aquí á dónde va el Hijo del hombre, no para anonadarse, sino para ser glorificado y para abrir el paso á todos sus elegidos. Nadie puede ir al Padre sin él, porque sólo él le hace conocer, puesto que él es la verdad; él sólo hace vivir, puesto que él tiene en él el Espíritu del Padre y que él le comunica. Esta no es una palabra que expresa los sentimientos ó los hechos del orden humano; ella extasía al alma en Dios y separa el velo que le cubre á nuestras miradas. Entre el Padre y él, la unión es inefable. Hay una immanencia del uno al otro. Jesús lo afirma en términos de una energía extraordinaria:

—“Si me habéis conocido,” dijo á los Once, “conoceréis también á mi Padre. Y desde ahora, le conocéis y le habéis visto.”

Aun cuando ellos hubiesen reconocido en su Maestro, al Cristo, el Hijo de Dios vivo, los apóstoles no sentían y no penetraban todavía la profundidad del lazo que le unía á su Padre. Al explicárselos hoy, él les inicia por esta confianza en la intimidad de su ser mismo; él les abre la fuente viva de los consuelos de Dios, y les inculca la fe en su divinidad.

Felipe, que no tenía nada del espíritu, desconfiado y positivo de Tomás, oyendo decir á Jesús que ellos conocían al Padre y que ellos le habían visto, preguntó sencillamente:—Señor, muéstranos al Padre, y esto nos basta.

Semejante ingenuidad llevó á Jesús á volver á decir el misterio de su unión absoluta, esencial con el Padre.

¹ Juan, XIV, 7.

—“Como,” replicó, “después de tanto tiempo que estoy con vosotros, no me habéis todavía conocido! Yo te lo repito, Felipe: Quien me ha visto ha visto al Padre. Y tú dices: Muéstranos al Padre. ¿Entonces vosotros no creéis que estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Las palabras que yo os digo, no las digo de mí mismo, yo las he oído del Padre; y las obras que hago, es el Padre mismo, que permanece en mí, quien las ejecuta.”

La fe en su unión total, absoluta con el Padre: hé aquí lo que el Maestro pide á sus discípulos. Ella es el fundamento necesario, sin ella ellos no le conocerían; ellos no sabrían que está en la igualdad de Dios, que el Padre le ha dado todo, y que recibiendo todo del Padre, él vive con él en la misma verdad, en el mismo amor, en la misma potestad infinita, eterna, indivisible; ellos no comprenderían que él es la manifestación perfecta, y que al verle, es al Padre oculto en el misterio al que se ve. No es dado al hombre en la tierra ver á Dios en sí mismo, y entrar por una misión intuitiva en la vida del Ser increado, principio de todo, expresándose en un pensamiento igual á sí mismo, y amándose en un amor infinito, igual á su pensamiento. Nosotros no podemos conocerle sino por sus manifestaciones exteriores, por las obras de su potestad, de su sabiduría y de su bondad. El universo revela una fuerza creadora, cuyas leyes se desarrollan ante nosotros, por encima de nosotros, impasibles, espantosos, impersonales. La conciencia nos habla de un Dios justo, pero irritado; porque ella nos advirtió de nuestra incurable miseria, y se siente entregada por Dios á sus debilidades, á su impotencia, á sus tinieblas y á su pequeñez. Pero en Jesucristo, el Dios que salva, que perdona, que exalta, que nos llama á vivir de él, el Dios que ama, el Padre en fin, nos dice su nombre, con un lenguaje que podemos entender y que la fe sabe aceptar.

El que ve vivir á Jesús, ve también al Padre; quien escu-

cha sus palabras, escucha las palabras del Padre; quien contempla sus obras, contempla las obras del Padre. Nada de lo que dijo Jesús es de inspiración humana: las menores palabras de sus labios revelan el eterno pensamiento del Padre y su eterna palabra. Nada de lo que hace procede de una resolución humana, todos sus actos son el cumplimiento de la eterna voluntad del Padre; el Padre viviendo y permaneciendo en él, las ejecuta por él.

Su humanidad realiza el ideal absoluto de toda perfección. Ella es, por todas sus facultades y por su esencia misma, la expresión pura de la Divinidad. La sabiduría, la potestad, el amor infinito irradian en ella. El eterno Invisible ahí se hace visible; y el creyente, mejor instruido que Felipe, puede decir, al contemplarle: Veo al Padre, y él me basta.

La fe que Jesús pide á los suyos no será un sentimiento estéril, ella será en ellos el principio de obras divinas, atestiguando la divinidad de Aquel que es el objeto.—“En verdad, en verdad, yo os digo, el que cree en mí hará las obras que yo hago, y hará mayores todavía, porque yo voy á mi Padre.”

Entre Jesús y los discípulos, la fe cria una comunidad divina. El creyente ya no vive, Jesús mismo es el que vive en él, quien habla por él, quien obra por él; de aquí su potestad. Ahora, Jesús remontado hacia el Padre en la gloria y la virtud de su humanidad triunfante, obrará por sus discípulos obras siempre más elevadas; por ellos él continuará las obras necesarias para la demostración de la verdad, que conquistará el mundo pagano y destruirá sobre la tierra el reino obstinado del mal.

El no les pide, para ser sus órganos, sino dos cosas: la oración y la fidelidad.

El hombre no es nada por él mismo, en la realización de los designios providenciales; sus fuerzas no son nada. El no

tiene energía efectiva sino por el apoyo de Dios; la oración es quien le obtiene.

—“Orad, pues,” les dijo Jesús; “todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, yo lo haré, á fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo. Sí, todo lo que pidiéreis en mi nombre, yo lo haré.”

Jesús se expresa como Señor absoluto, como Dios. El hombre, en él, no hace sino revelar al Dios oculto. Cuando su humanidad entra en juego, cuando el Hijo del hombre pide, sufre, y se anonada en la voluntad del Padre, sus actos tienen un valor infinito, por su unión substancial con Dios: su oración todo lo puede, su sufrimiento todo lo expia, su sacrificio todo lo purifica.—“Cualquier cosa que pidiéreis, yo la haré.” Pero la oración no tendrá potestad sino con la condición de ser inspirada por el amor de los creyentes por su Maestro, y ellos no le amarán, si no tienen la fidelidad.—“Guardad, pues,” les recomendó Jesús, “guardad mis mandamientos, todos los que habéis escuchado, en el tiempo en que estábamos reunidos, y lo que yo os doy, en esta misma noche.”

“Por lo tanto, yo también pediré al Padre;” y como yo no estaré ya con vosotros, visiblemente; “el Padre os dará otro sostén, el Paráclito para que él permanezca siempre con vosotros.”

En tal virtud, el mismo Espíritu que está en él y en el Padre; el lazo eterno del uno y del otro, la unción santa de su humanidad, el agente invisible de la gran obra de la salvación, este Espíritu, Jesús pide que después de su partida sea dado á sus fieles, y que él permanezca en ellos, para siempre.

1 Παράκλητος. Es difícil determinar á qué expresión correspondía esta palabra en lengua aramea. Sin embargo, nadie duda que el término escogido por el Evangelista que únicamente la ha traído, no sea el equivalente de aquel del que Jesús se sirvió. Literalmente Παράκλητος significa el llamado, y se traduce exactamente por la palabra latina *advocatus* y la palabra española *abogado*. De esta significación fundamental se deducen las demás; el Consolador, el Consejero, el Inspirador.

2. Juan, XIV, 16 y sig.

El será su sostén vivo, su consuelo y su luz. —“Este es el Espíritu de verdad,” dijo Jesús, “el mundo no puede recibirle; él no le ve, no le conoce. Pero vosotros le conoceréis; porque él permanecerá cerca de vosotros, y él estará en vosotros.”

El que no haya experimentado tales palabras, en la conciencia, no las entenderá; aquel hace parte del mundo; el Espíritu de Jesús le es extraño, y él es refractario á este Espíritu. Pero aquellos que recogen en ellos sus gemidos inexplicables, aquellos que viven de su luz, de sus impulsos, de sus alegrías, de sus estremecimientos, entienden y adoran; á ellos como á los Once es á los que habla Jesús.

—“Yo no os dejaré huérfanos; yo vendré á vosotros.”

“Dentro de breve tiempo, el mundo ya no me verá. Pero vosotros, me veréis; porque yo vivo en vosotros y vosotros viviréis por mí.”

“En ese día en el que el Espíritu os sea dado, conoceréis que yo estoy en el Padre y que vosotros estáis en mí y que yo estoy en vosotros; porque Aquel que tiene mis mandamientos y que los guarda, ese me ama, mi Padre le amará, y yo le amaré también y yo me manifestaré en él.”

En la conciencia fiel y en el corazón del creyente que guarda la palabra de Jesús es á donde llega el Reino de Dios y que se cumple la manifestación del Cristo.

—¿Por qué, dijo un discípulo, evidentemente preocupado de la gloria exterior del reino mesiánico, por qué os manifestáis á nosotros y no al mundo?”

Jesús le dió el motivo: el mundo no le ama; ahora, quien no ama á Jesús no puede conocerle.

—“Pero si alguno me ama,” dijo con marcada insistencia, “él guardará mi palabra, y entonces mi Padre le amará, y nosotros vendremos á él y habitaremos cerca de él.”

No es esta la vez primera que Jesús revela á sus discípulos

1 Rom., VIII, 26.

2 Juan, XIV, 22 y sig.

este Espíritu que debe habitar en ellos, y su acción íntima en su vida. Ya, al iniciarlo al apostolado, profetizándoles las pruebas futuras, las persecuciones y los suplicios, Jes había asegurado por la promesa que el Espíritu Santo estaría con ellos y hablaría por su boca.

En la víspera de dejarlos, él vuelve á este Espíritu, y él se les muestra como un ser personal, distinto del Padre y distinto de él, como el eterno amor por el que el Padre y el Hijo se unen y se aman, y por el cual ellos aman á los que aceptan la palabra del Hijo de Dios y guardan sus mandamientos. Por él se realiza la unión inefable del Padre y del Hijo y de los elegidos,—fin supremo de toda la vida de Jesús, de todos sus actos y de su palabra.

—“Esta palabra que habéis escuchado,” dijo á los Once, “no es mía, es de Aquel que me ha enviado, del Padre. He aquí lo que os he enseñado, cuando yo moraba con vosotros. En lo de adelante, el Paráclito, que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas, él pondrá en vuestra memoria todo lo que yo os he dicho.”

El hombre no puede prometer ni hacer tales dones, su amor no cría nada en la conciencia de los demás; y aún para aquellos que le aceptan, él no es un principio personal de vida, una luz, un atractivo, una virtud; él les queda exterior y estéril. Pero el amor de Dios, el Espíritu de Jesús, cria, transforma, renueva, diviniza al alma que él llena.

Al prometerlo á los suyos, él podía decirles: “Yo os doy la paz, yo os doy mi paz, no como el mundo la da.” La suya es engañadora, frágil y superficial, vacía y vana; la mía tiene su fuente en el amor del Padre y en la mía, ella es inalterable, profunda, absoluta.

Todo lo que el hombre puede saber de Dios, de su vida, de su ser, de sus voluntades y de sus designios, de Aquel que Jesús ha llamado su Padre,—el Padre celestial que está en el secreto;—todo lo que él puede conocer de la naturaleza del

Hijo de Dios, de su relación eterna con el Principio de donde él sale y del que él tiene eternamente lo que él es; todo lo que él puede conocer del Espíritu, de ese amor inefable, infinito, con el que el Padre y el Hijo se aman; la idea más profunda de la religión, de la obra de Jesús, del Reino de Dios, considerado como la unión de todos los elegidos con Dios el Padre, y con el Hijo del Hombre glorificado, en el mismo Espíritu de verdad y de amor, todo está resumido en las confidencias que acabamos de recoger. La teodicea cristiana ha salido de ahí; esclarecida por el testimonio de Jesús; ella ha excedido á las más elevadas concepciones de la filosofía griega, sin poder agotar los tesoros de la enseñanza del Maestro.

Esta doctrina no se prueba por argumentos, definiciones y divisiones; ella no es una serie de abstracciones, sino una palabra sencilla y viva, expresando en la lengua universal lo que Jesús sintió, vió, amó; cualquiera conciencia la puede recibir, si ella presta oído. Ella ciega á la razón soberbia que trata de juzgarla; pero ella deslumbra con una claridad sobrenatural al alma sencilla que experimenta la verdad y gusta su sabor. Ella ha sido confiada á los hombres cuyo solo genio era creer y amar. Su ignorancia garantiza la autenticidad de las enseñanzas que ellos nos transmiten, y que no llevan ya el sello de la debilidad sino de la sabiduría humana.

El hombre que va á morir se hiere el pecho. Con el pensamiento del Dios que le juzgará, tiembla y suplica que le sea perdonado. La suerte que le aguarda permanece misteriosa.

¿Qué puede él para asegurar el día siguiente? ¿Quién le garantiza contra la fuerza inexorable del tiempo y los obstáculos desconocidos, indomados, de los que su memoria, sus discípulos y su obra deberán afrontar el choque? Cualesquiera que sea su confianza en sí mismo y en el porvenir, él está obligado á entregarlo todo á Aquel cuya potestad y sabiduría todo lo rigen, y de quien ignora los designios eternos.

Nada de parecido en Jesús; ningún arrepentimiento, nin-

gún espanto ante Dios. El siempre ha estado en el amor del Padre. Su muerte no es sino un regreso á Aquel del que salió. El va á recoger, como Hijo del Hombre, en la casa de su Padre, la gloria de la que goza eternamente como Hijo de Dios. Todo lo que él ha dejado, crecerá después de él. El mora, presente, aunque invisible, en sus discípulos, y obrará por ellos y en ellos la obra santa del Reino. Ni el tiempo, ni el mundo con sus odios y energías satánicas, harán presa contra los suyos; él venció al tiempo y al mundo y apoyados en él, sus apóstoles, de edad en edad, continuarán la victoria.

—“Que vuestro corazón no se turbe, que no tema. Os lo he dicho, me voy, pero vengo á vosotros. “Voy al Padre, vengo invisiblemente por el Espíritu. “Si me amáis, tanto más os regocijaréis. El Padre es mayor que el Hijo del Hombre, él va á glorificarle; y el Hijo del Hombre glorificado os obtendrá el Consolador.

“Os he dicho estas cosas antes de que lleguen, á fin de que cuando hayan llegado creais.”

El tiempo transcurría. La hora del dolor y de la muerte se aproxima.

—“Ya no os hablaré más,” dijo Jesús tristemente. “El Príncipe de este mundo llega.” Judas el traidor y los que se preparaban á cogerle no son para Jesús sino los instrumentos de aquel á quien él llama el Príncipe de este mundo. El llega, “pero nada tiene en mí.” Por lo tanto, aunque exento de todo mal, él va á ser tratado como un malhechor.

El ve en su suerte la orden del Padre.—“Es preciso, añadió, que el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandamiento que El me dió, haga yo así.”

Entonces, dijo resueltamente: “Levantaos. Salgamos de aquí.”

¹ Juan, XIV, 30, 31.



CAPITULO VIII.

DEL CENÁCULO Á GETHSEMANÍ.

Ellos se levantaron; y siguiendo la costumbre, en pie, recitaron el fin del “Hallel,” los Salmos¹ que recordaban la salida de Egipto, el paso del mar Rojo, la promulgación de la Ley, la resurrección y los dolores del Mesías. Jesús vió allí su propio destino, sus luchas, su muerte y su triunfo.²

Acabado el himno, el Maestro rodeado de los Once abandonó el Cenáculo y tomó el camino del monte de los Olivos. La casa en la que había celebrado la Pascua, se hallaba situada sobre el Sión: él debió salir por una de las puertas meridionales de la ciudad y encaminarse hacia Gethsemaní, atravesando las pendientes del Ophel, á través de los jardines y los viñedos. La noche había cerrado, una de esas noches de Oriente, iluminadas, serenas, tachonadas de estrellas.

La ternura de Jesús, siempre inagotable, se reveló todavía en el camino. El quiere que sus discípulos no solamente crean en él, sino que estén en él, y que permanezcan en él. Esta unión es un gran pensamiento. ¿Acaso no ha venido para

¹ Salm. CXIII, CXV, CXVI, CXVII.

² Pesah., fol. 1, 8, 1.